

calcidias, y, á instancias del demócrata Ismenias, casi toda la Tesalia con todas las tropas beocio-argivas. La misma Heraclea, situada en el Oeta, cayó en manos de los aliados: solo Focia y Orcoméne, en el Norte, se mantuvieron fieles á los espartanos, que de un momento á otro esperaban el ataque en el Peloponeso.

En tan desesperadas circunstancias, no le quedó á Esparta mas recurso que llamar á Agesilao, quien, naturalmente, tuvo que obedecer este mandato. Las ciudades asiáticas quedaron defendidas por 4,000 hombres y por la escuadra confiada á Pisandro, cuñado de Agesilao, mientras este á principios de julio de 394, despues de haber hecho los preparativos necesarios, y con un fuerte ejército compuesto de los neamodos, de los círeos y de numerosas tropas reclutadas en la Grecia asiática, partía del territorio de Antandros, atravesaba el Helesponto por Abydos y se dirigía á las Termópilas, por el mismo camino seguido en otro tiempo por Jerjes.

La necesidad de abandonar el Asia y de dirigir las armas contra los nuevos enemigos griegos de los espartanos, fué fatal para Agesilao. Su apogeo habia pasado para no volver jamás. El vuelo que el panhelenismo habia tomado en los últimos años, comenzó á disminuir á su regreso á Grecia. Así como hasta entonces el intrépido rey habia revelado una serie de cualidades que le daban á conocer como uno de los mejores espartanos, descubriéronse en él, á partir de este punto, los mas pequeños defectos. Agesilao solo conocia una Grecia con la supremacía espartana; todo cuanto á esta se opusiera, debia ser destruido. Todo su odio, toda su sed de venganza, contenida por espacio de tantos años, no se dirigía ciertamente contra Atenas, sino contra Tebas. Su habilidad guerrera podia todavía imponerse durante algunos años; los momentos felices de su vida podían hechizar aun por algun tiempo á sus admiradores, pero el transcurso de la guerra civil nuevamente encendida descubrió algunas de sus faltas personales y lo perjudicial de una política de conquista, tan audaz como desconsiderada y de mala fe, que si bien algunas veces le producía excelentes resultados, era hartamente brutal y falta de fundamento para poder, con el tiempo, ser de gran utilidad al Estado espartano.

X.—REGRESO DE AGESILAO. BATALLAS DE NEMEA, GNIDO Y QUERONEA

Agesilao probó de nuevo la capacidad guerrera que habia demostrado en Asia. En su marcha por Tracia y Macedonia (1), llegó sin obstáculo alguno á Anfípolis, en donde se le presentó Dercilidas dándole un aviso de grande utilidad. Los muchos enemigos de los espartanos, á instancias de los corintios que deseaban ardientemente ver terminada cuanto antes una guerra poco favorable á sus intereses mercantiles, se habian unido para dar un golpe decisivo á la dominación de Esparta en el Peloponeso. Esta coalición habia juntado en Corinto, en la primavera de 394, un ejército bastante formidable, compuesto de soldados argivos y corintios, de 7,000 atenienses mandados por Trasíbulo, de 5,000 hoplites beocios, y de numerosas tropas eubeas, lorias, malias y acarnanias. La dirección de estas fuerzas no era, sin embargo, enérgica, ni estaba concentrada en una sola mano. Los espartanos, por tanto, pudieron reunir un ejército peloponesio no menos fuerte, mandado por el regente Aristodemo, que se apoderó de Sicione, base durante

(1) En Macedonia, despues de haber sido asesinado en la caza el rey Arquelao (400 ó 399), por Crateo, su ofendido favorito, éste se ciñó la corona; pero destronado á los pocos días, le sucedió el niño Orestes, hijo de Arquelao, el cual á su vez fué derribado por su tutor, Eropo II, descendiente al parecer de la familia real de Linceos, á quien apoyó la nobleza, partidaria de las innovaciones helénicas.

mucho tiempo de sus operaciones contra la coalición. A mediados de julio de 394 dióse una gran batalla en el torrente de Nemea, que formaba la frontera de los cantones de Sicione y de Corinto: 20,000 hoplites poseía cada uno de los contendientes, pero en cuanto á la caballería y á las tropas ligeras eran superiores las de los aliados. Con todo, Aristodemo, despues de un largo combate, consiguió derrotar á estos, aun cuando no por eso abandonaron el paso del istmo.

Con esta victoria Esparta consiguió poner límite á la extensión del levantamiento en el Peloponeso, reanimar al partido espartano en Corinto, y conmovier de tal manera la coalición, que ya no pensó en oponerse á la marcha de Agesilao hacia la Grecia septentrional. El rey Eropo II, á pesar de sus simpatías por la coalición, no se atrevió á atacar á los espartanos, quienes pudieron entonces pasar á Tesalia, bien que tuvieron que sostener un reñido combate en la región meridional de esta comarca. Agesilao pudo, por fin, en 14 de agosto, atravesar las fronteras beocias y acampar en Queronea, á los treinta días de haber salido del Helesponto.

Engrosado su ejército con los contingentes focenses y orcomenios y con los guerreros lacedemonios, que en parte habian permanecido en Orcoméne y en parte habian pasado el golfo, se atrevió á dar el ataque decisivo contra sus enemigos, los contingentes argivos, corintios, áticos, eubeos, locrios, enianos y beocios, que, en Queronea y distribuidos en fuertes pelotones, se opusieron á su paso. Los aliados, sin embargo, no pudieron resistir á las tropas escogidas del rey, ni á la inteligencia táctica de este y de Jenofonte, siendo derrotados con grandes pérdidas. Solo su ala derecha, compuesta de los hoplites beocios de Tebas, pudo conseguir algunas ventajas y abrirse paso por entre los soldados enemigos, cuando Agesilao, en la última fase de la batalla, quiso dar impremeditadamente un ataque de frente, contra el parecer de Jenofonte.

La victoria conseguida por Agesilao fué puramente táctica, no pudiendo por consiguiente arriesgarse á proseguir su marcha por la Beocia. Despues de permanecer unos días en Delfos para curarse las heridas que habia recibido en la batalla, vióse precisado, en el otoño de 394, á embarcarse con sus tropas en Focis y á atravesar el golfo, bien descorazonado, por cierto, ya que en aquel mismo mes habia sido completamente derrotado en Asia Lisandro, quedando con esta derrota destruidas sus creaciones. Apenas hubo llegado Agesilao á las fronteras beocias, recibió una desagradable noticia del teatro de la guerra: la imprudencia que en el año anterior habia cometido al confiar el mando de la escuadra espartana en el mar Egeo á su cuñado Pisandro, hombre valiente, pero completamente ajeno á la marina, habia producido los malos resultados que eran de esperar. Conon, en compañía del cual operaba Farnabazo desde la primavera de 394, una vez terminados en el verano del propio año los preparativos necesarios, comenzó la guerra por mar y destruyó completamente la escuadra espartana en un combate naval, trabado á principios de agosto, en el cual halló la muerte el citado Pisandro. De este modo se vengaba Conon de la de Egos Pótamos: su victoria tuvo, en la supremacía de Esparta, la misma influencia que en otro tiempo la de Lisandro sobre la ateniense. Agesilao no pudo retener por mas tiempo en Europa á los contingentes asiáticos; pues el victorioso Farnabazo, despues de aquella tremenda derrota naval, siguió, por consejo de Conon, la conducta que siempre habia tenido éxito, y declaró á los griegos asiáticos que iba á sus ciudades para concederles completa autonomía y libertarles de toda dominación y guarnición extranjeras. El éxito obtenido fué completo,

hasta el punto de que á fines del año 394 habian desaparecido en las comarcas del Este del mar Egeo todas las huellas de la soberanía lacedemonica. Desde Rodas hasta el Helesponto, solo flotaba la bandera espartana en Sestos y en Abydos, donde Dercilidas habia conseguido mantenerse.

Pero los espartanos no habian apurado todavía hasta las heces el cáliz de la amargura. Farnabazo y Conon trasladaron entonces la guerra á Europa. Despues de algunos importantes preparativos hechos durante el invierno, se embarcaron en la primavera de 393 y cruzaron el mar Egeo, siendo objeto en todas partes de entusiasta recibimiento; ¡contraste notable con los antiguos tiempos, ya casi legendarios, en que vivían los héroes marítimos de Artemision y Salamina! Las Cícladas abandonaron á Esparta; la bandera persa ondeó en las costas de Laconia, y Citeres fué conquistada. Los expedicionarios se dirigieron entonces hacia el istmo, pudiendo saludar en el mes de mayo al consejo de los adictos á la coalición, y Farnabazo entregó á los aliados considerables sumas de dinero, con las cuales los corintios armaron una escuadra destinada al golfo Criseico, mientras se reclutaba un fuerte ejército de mercenarios. Farnabazo regresó despues al Asia y dejó á Conon la empresa de restaurar á Atenas con los medios que los persas le habian proporcionado.

XI.—CONON RECONSTRUYE LAS MURALLAS DE ATENAS. MORES ESPARTANOS. PELTASTES DE IFICRATES

Las cosas habian sufrido tal cambio en Grecia, en el espacio de diez años, que el dinero persa y el auxilio beocio solicitaban con energía la reconstrucción de las vastas murallas de Atenas y de las fortificaciones del Píreo, que con júbilo salvaje habian sido destruidas diez años antes. A este fin trabajaban activamente las tripulaciones de la escuadra de Conon, los atenienses y los demás aliados, especialmente los beocios. Esta vez se levantaron solamente los dos muros que se extendían entre la ciudad y el Píreo, contentándose los atenienses con hacer inexpugnables las fortificaciones. Los muros estaban ya concluidos al año siguiente: las fortificaciones del Píreo dejaban ver todavía, diez y seis años mas tarde, algunas brechas. Se habia conseguido, pues, lo principal: Atenas habia recobrado su antiguo aspecto militar y podia pensar en ejercer de nuevo la supremacía marítima, que habia sido arrebatada á los espartanos y de la cual pensaban aprovecharse los persas. La astuta diplomacia de Conon consiguió decidir á Dionisio I de Siracusa, aliado entonces de Esparta, á que abandonase la expedición marítima que habia organizado en favor de los espartanos.

Muy favorable fué para los atenienses el hecho de haber muerto Lisandro, que hubiera gastado la última dracma y vertido la sangre del último soldado para impedir el nuevo florecimiento de Atenas. Con el tiempo, sin embargo, prevaleció en Esparta el odio contra los tebanos, siendo una gran ventaja para la coalición de los Estados transítimicos el que los espartanos no pudiesen ya tomar á viva fuerza el paso del istmo. A pesar de la extraordinaria educación militar de las tropas lacedemonias, á duras penas pudieron conseguir alguna victoria en la guerra del istmo. Apareció entonces mas distintamente la nueva organización militar, segun la cual los espartanos, contra la antigua costumbre, á partir de la tercera guerra mesenia, y durante la peloponesia, habian apartado á las masas de los hoplites de su canton propio de Laconia, masas que habian sido reforzadas desde el año 404. Los espartanos y los periecos se habian visto confundidos en las mismas unidades tácticas, de modo que los primeros, cuyo número habia quedado reducido á unos 3,000 hombres aptos para las armas, formaban la parte mas escogida de las por-

ciones en que se hallaba dividido el ejército. Prescindiendo de los neadamodes y de los siervos ilotas, dividíanse las tropas espartanas en seis *mores* ó regimientos que, á su vez, se subdividían en *locos* ó batallones, compuestos á lo sumo de 500 plazas, de los cuales dos pertenecían al servicio activo, y otros dos, formados por los guerreros ancianos, se destinaban al servicio de guarnición. Cada *locos* se componía de cuatro *pentecostias* ó compañías, y estas se fraccionaban en dos *enomocias* ó secciones. El contingente normal de estas divisiones no estaba, al parecer, fijado de antemano, reclutándose, segun las necesidades, espartanos y periecos; de suerte que cada vez variaba la fuerza de las *mores* y de sus subdivisiones.

Para hacer frente á los lacedemonios disponía la coalición, en 393, además de sus contingentes propios, de un cuerpo de mercenarios equipado con el material necesario, comprado con el dinero persa, y mandado por uno de los mas distinguidos generales atenienses, el jóven Ificrates. Hijo de un zapatero, instruido segun las reformas tácticas que Jenofonte habia inventado en su expedición desde la Asiria al Bósforo, para facilitar todos los movimientos de las tropas en toda clase de combates, hizose célebre por haber avanzado un poco mas en el arte militar, modificando esencialmente el armamento de las tropas. Desterró la maciza armadura de



Peltaste griego (copia de un jarrón)

los hoplites griegos que se componía de un casco de metal, un collar de cuero, unas polainas con adornos metálicos, un inmenso escudo, una espada y una fuerte lanza de 8 piés de largo, todo lo cual impedía al soldado moverse con soltura. Las nuevas tropas organizadas é instruidas militarmente por Ificrates y llamadas comunmente *peltastes*, nombre que hasta entonces se habia dado á un cuerpo de soldados tracios que figuraban entre los hoplites y los arqueros, formaban en parte una infantería de línea ligeramente armada con un pequeño y ligero escudo, un gorro de fieltro adornado con delgadas laminas de metal, unas cómodas polainas de cuero, y una larga lanza, y en parte un cuerpo de lanceros ó saeteros que llevaban collar de tela y polainas y estaban armados con una larga espada. Estos guerreros debían ser muy pronto el terror de los espartanos. Ificrates naturalizó en el suelo helénico la guerra hecha con soldados mercenarios, profesion que desde entonces tomó un carácter político.

XII.—GUERRA EN EL ISTMO

A consecuencia de los sucesos de 393, se continuó la cruel guerra en dos puntos principales. Primero, como era natural, se empeñó obstinadamente la lucha en la comarca de Corinto. Los espartanos se disputaron desesperadamente con los corintios y sus aliados el paso del istmo, y al mismo tiempo tomaron incremento las luchas en las fronteras de Argos, así como las escaramuzas que debían decidir acerca de la posesión del golfo de Corinto. Nada definitivo se alcanzó en esta comarca, como veremos por la siguiente breve reseña.

El ataque de los espartanos se dirigió á los largos muros que los corintios, á imitación de los atenienses, habían construido para unir la ciudad con el puerto occidental del Lejeon, interceptando de este modo el cómodo camino que ofrecía la playa para llegar al istmo. En 392 parecía que los espartanos habían de lograr su intento; los demócratas corintios habían hecho asesinar, en la primavera de este año, por soldados de Argos, á ciento de sus conciudadanos partidarios de Esparta, después de lo cual se unieron tan íntimamente con los argivos que ambas comunidades compusieron un solo Estado, y la ciudad de Corinto y su castillo admitieron guarniciones de Argos. Pero los enfurecidos aristócratas de Corinto abrieron secretamente los muros á los espartanos que acaudillaba el polemarcha Praxitas de Sicione. El puerto de Lejeon cayó en poder de los espartanos, los cuales mandaron derribar las murallas, avanzaron hasta Cromion, en el golfo sarónico, y separaron á Corinto de la Grecia central. Esta victoria fué, sin embargo, tan mal aprovechada, que poco después los espartanos se dejaron sitiarse en Lejeon por Ificrates, cuyas tropas infundían temor por doquier, y no pudieron impedir que el ejército ateniense reparase los desperfectos causados en las murallas corintias. En 391 pudo el rey Agesilao atacar y destruir de nuevo los muros y, en la primavera de 390, conquistar y saquear la península transistmica del Peireon, de tanta importancia para los corintios; pero la destrucción de 600 hoplitas espartanos que la prudente táctica de Ificrates consiguió junto á las murallas de Corinto, decidió al rey á no presentarse más en esta parte del teatro de la guerra, en donde la lucha comenzó desde entonces á decaer. La tentativa de invadir, junto con los aqueos que se le habían aliado, la Acarnania, solo tuvo un valor secundario. A pesar de todo, Agesilao había dado muestras en esta campaña de ser un excelente general, mandando asolar el país enemigo (389) y obligando á los acarnanios á separarse de la coalición formada contra Esparta y á aumentar el número de los aliados de esta. Esta desesperada guerra de destrucción debía decidirse en los dos teatros en que nuevamente se había desarrollado, á saber, en el mar y en las posesiones greco-persas.

Los atenienses, una vez reconstruidas sus fortificaciones, decidieron, á instancias de Conon, á restaurar su escuadra de guerra y á reconquistar una parte de su antiguo imperio marítimo. La realización de estos propósitos era, sin embargo, algo difícil. Por un lado, al restablecerse la democracia se habían despertado gradualmente algunas de aquellas tendencias que en esta ocasión, en que el Estado contaba con escasísimos medios, y en que la participación en la guerra corintia había disminuido considerablemente los recursos públicos, no podían menos de ejercer una influencia fatal. La nueva generación de los atenienses solo en parte podía parecerse al pueblo escogido de Pericles, que había sido asolado por la peste y por las calamidades de la guerra. Los demagogos como Agyrrio proponíanse extemporáneamente el restablecimiento del dinero del teatro y los sueldos de los eclesiastas y de los jueces; y cuando se agotaron los caudales que los persas les habían proporcionado y tuvo que acudir á los propios recursos, los caudillos de la escuadra ática tuvieron que apelar al deplorable sistema empleado en los últimos años de la guerra del Peloponeso, es decir, al sistema de acudir al extranjero en demanda de fondos, lo cual al mismo tiempo que paralizó el desarrollo de fuerzas de los atenienses, rebajó la fama de su bandera.

#### XIII.—ANTÁLCIDAS EN ASIA

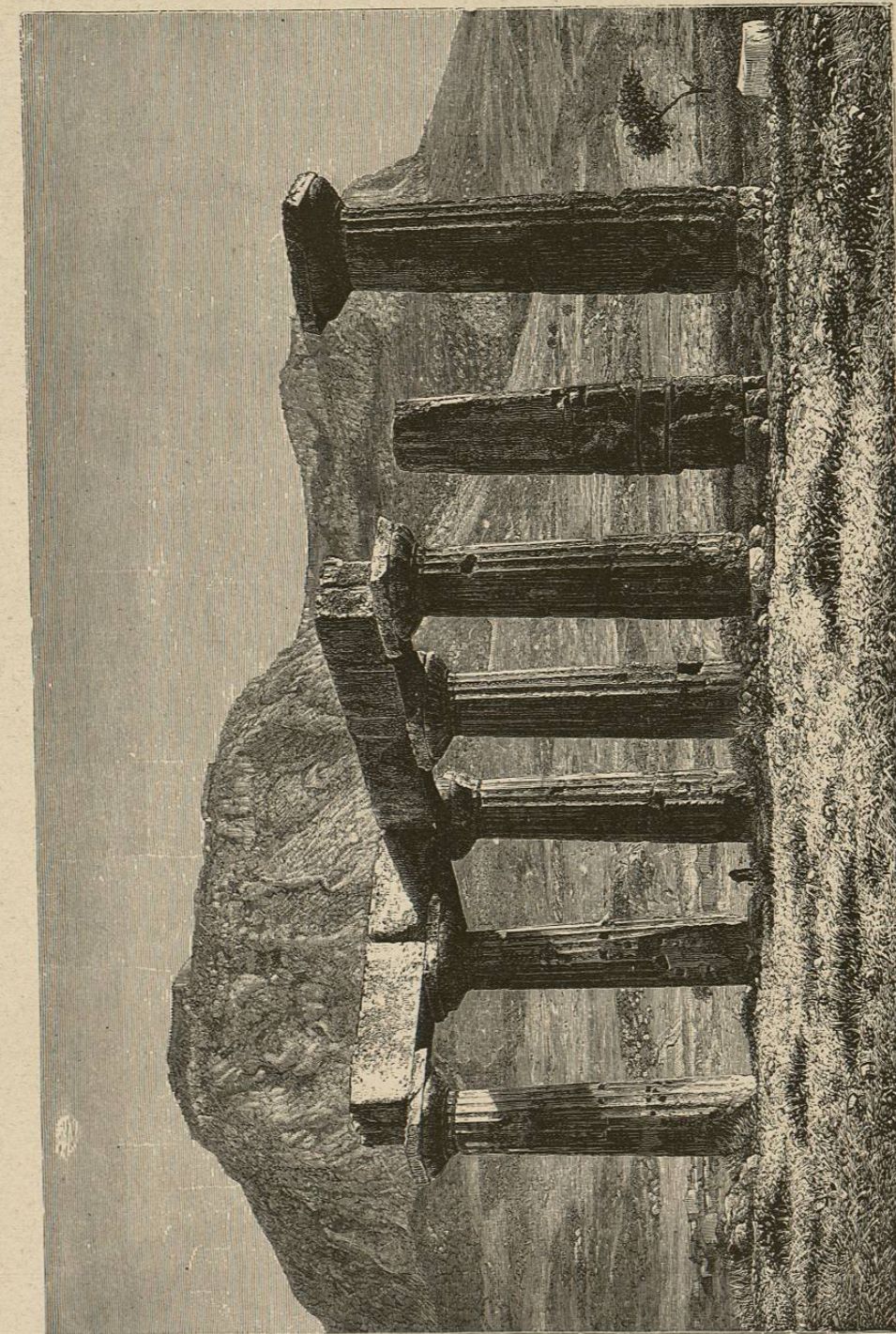
Esparta fué la que dió el primer impulso á esta guerra marítima; el despertar del león ático dió gradualmente al partido

del Eurotas aquella fuerza que, en sentir de Lisandro, era lo que más temía Atenas. Mas aun; cada vez ganaba mayor terreno la opinión de que con el tiempo sería imposible seguir en enemistad con la Persia y emprender al mismo tiempo la guerra con la mitad de la Grecia. Los eforos, por tanto, á pesar de saber que iban á descontentar á Agesilao, entraron en negociaciones con los persas: favoreciéles en gran manera el haber sido reemplazado el chiliarca de Sardes, Tithraustes, por Tiribazo, que desempeñaba la satrapía de la Armenia y alimentaba en su pecho desde muy antiguo la aversión nacional hácia Atenas, considerando propio de la política persa reanudar la antigua alianza con Esparta. El embajador espartano Antálcidas, que halló una favorable acogida en aquel hombre de Estado, supo hacer sospechoso al almirante Conon, diciendo que este solo miraba por los intereses de Atenas y no por los de Persia, acusación tanto más atendida, cuanto que las relaciones entre Conon y Evágoras de Chipre, aliado de los atenienses, habían comenzado á tomar un carácter de hostilidad hácia la corte de Persia. No menos gustó al sátrapa el nuevo programa político con que Antálcidas se presentó en su nombre y en el de su Estado, ante los persas. Esparta quería renunciar á los griegos asiáticos y cederlos al gran rey; en cambio debería concederse al resto de la Grecia una autonomía absoluta y la más completa independencia á todas las ciudades. Esto pareció evidentemente ventajoso á los persas; con este sistema se destruían todos los poderes que en Grecia pudiesen ser molestos al imperio de los Aqueménides, y se garantizaba la paz. El sátrapa no comprendió que los espartanos trataban principalmente de destruir el Estado de los tebanos, perteneciente á la liga beocia, y la alianza de los corintios con Argos, impidiendo á los atenienses que conquistasen un extenso territorio aliado. No sabía tampoco que Esparta vería debilitar su fuerza, aun cuando sus antiguos aliados del Peloponeso conquistasen una independencia puramente nominal. En cambio, así lo comprendieron en seguida los enviados que de Atenas, Tebas, Corinto y Argos se dirigieron, guiados por Conon, á Sardes, en donde se encontraron con Antálcidas, y que apenas pudieron hacer más que protestar enérgicamente contra las proposiciones de los espartanos. En tales circunstancias, no pudo conseguirse una avenencia. Tiribazo, con una mala fe verdaderamente asiática, mandó prender á Conon, por haber, según él, abusado de la confianza del rey. Antálcidas logró que se le facilitasen importantes sumas, y que el sátrapa en persona fuese á toda prisa á la corte de Susa para obtener la aprobación del convenio.

Esto último, sin embargo, no pudo conseguirlo Tiribazo, pues el rey persa estaba harto disgustado de la conducta de Esparta, para aceptar las proposiciones que el sátrapa sometía á su aprobación. Tiribazo fué, pues, destituido, reemplazándole en el gobierno de Sardes el enérgico Strutas, que siguió las huellas de Farnabazo y de Tithraustes. Su primer acto fué poner en libertad á Conon, el cual se dirigió á Chipre, en donde, según parece, murió, sin haber podido prestar más servicios á Atenas.

#### XIV.—GUERRA MARÍTIMA. PAZ DE ANTÁLCIDAS

Entre tanto se había encendido de nuevo la guerra en el mar Egeo. Después de la embajada de Antálcidas, que ningún éxito obtuvo, enviaron los espartanos, á principios de 391, hácia Efeso á Thibron con fuerzas considerables; pero este, por la ineptitud que mostró en la dirección de la guerra, fué derrotado y muerto por Strutas. Entonces los eforos pusieron al almirante Ecdicos al frente de una pequeña escuadra, con la cual debía apoderarse de Rodas; pero en vista de que



Templo de Palas y Acrópolis de Corinto